

San José, Costa Rica

1926

Sábado 24 de Abril

296

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *El pensador boliviano Franz Tamayo, responde al Cuestionario abierto por el Sr. Vincenzi.*—A un amigo inquieto, por Rogelio Sotela.—*El Diccionario de la Academia Española. Edición de 1925 (concluye).* por Alberto Brenes Córdoba.—*El llanto purifica,* por Gonzalo Dobles.—*Dos pasajes de la novela Alcalá de los Zegries,* por Ricardo León.—*Ei centenario de Sadi-Carnot.*—*El bandido,* por Joaquín Edwards Bello.—*El poema de las marimbas,* por A. H. Pallais.—*Antonio Maura y Montaner,* por Azorín.—*Las ventanas,* por Ernesto Montenegro.—*El amigo campesino,* por Un observador.—*Tablero.*—LA EDAD DE ORO (con lecturas para niños).

El pensador boliviano Franz Tamayo, responde al Cuestionario abierto por el Sr. Vincenzi

La Paz, 22 de marzo, 1926.

Señor M. Vincenzi.

San José de Costa Rica.

Estimado Señor y amigo,

Perdóneme por lo tardío de mi contestación a la interesante encuesta por Ud. abierta a todos los escritores de lengua española en América. Y perdóneme además si en esta carta no toco deliberadamente todos los 5 puntos preguntados. La encuesta señala puntos de urgente e inmediato estudio para nosotros hispano-americanos; y sobre ellos tal vez vuelva yo en cartas posteriores. Pero al presente tomo pie de la respuesta de Lugones referente a raza americana. ¡Grave cuestión si las hubo!

La respuesta de Lugones que conozco incompleta parece que establece que «no sabemos cómo se constituirá la raza de América cuando pueble a estos países toda la concurrencia del mundo». Tomo este párrafo del libro de Ud. *Caracteres Americanos* pág. 86.

Temo yo que la mayoría de nuestros escritores americanos caen en el mismo pensamiento dubitativo e impreciso sobre esta materia. Para decir su última palabra están esperando, como Lugones, que los hechos se consumen, esto es, que pasen algunas decenas o centenas de años hasta que la total población de América se cumpla por inmigración extranjera, y cuando esté consumada esta enorme panmixia habrán de sentirse capacitados para opinar y decidir sobre el problema de *cómo será la raza americana*. Bien visto está que entonces no habrá mucha necesidad de encuestas que resuelvan el problema.

He enviado hace meses a García Monge mi libro sobre *Creación de la Pedagogía Nacional*¹, donde he apuntado aunque some-

1.—Obra interesantísima, de la que sacaremos algunas páginas para la sección *¿Qué hora es?*... A todo trance, conviene divulgarla. (N. del E del R. A.)

CUESTIONARIO:

1.ª ¿Cree Ud. que la enseñanza debe unificarse, con determinados propósitos raciales, en los países latinos de nuestra América?

2.ª ¿Cree Ud., asimismo, en la necesidad de comunizar, hasta cierto punto, las constituciones de nuestras repúblicas?

3.ª ¿Estima Ud. conveniente que se haga un gran esfuerzo por orientar nuestros intereses económicos, hacia determinados rumbos, con propósitos diplomáticos defensivos?

4.ª ¿Qué se podría empezar a hacer para estrechar nuestras relaciones económicas internacionales?

5.ª ¿Qué nuevos principios nacionalizadores aconseja Ud. a la intelectualidad de América?

6.ª ¿Estima Ud. prudente que nuestra América Latina tome una actitud determinada en su enseñanza, en sus leyes, en su economía, en su producción espiritual ante el caso de los Estados Unidos del Norte?

Respuestas anteriores:

Las de E. J. Varona, Habana; R. Brenes Mesén, Syracuse, New York; L. Lugones, Buenos Aires; B. Sanín Cano, París; N. Pacheco, París; Elena Torres, México D. F.; E. Landázuri, México D. F.; A. Sux, París; Fed. García Godoy, La Vega, Rep. Dominicana; J. Santos Chocano, San José de Costa Rica; Francisco Contreras, París; Juan J. Carazo, San José de Costa Rica; José Vasconcelos, México, D. F.; Manuel Cestero, México, D. F.; Rafael Cardona, San José de C. R.; Rogelio Sotela, San José, de C. R.; Eduardo Ruiz, San José de C. R.; Enrique Molina, Concepción, Chile; J. M. Dihigo, Habana; Fernando Lles, Matanzas, Cuba; Alfonso Reyes, París; Manuel Ugarte, Niza; Carlos Wyld Ospina, Guatemala.

ramente muchos pensamientos sobre la cuestión racial entre nosotros. Reiterándolos hoy me permito explanarlos un poco, como contribución a estos estudios.

Noto con placer que en los últimos años, muchos escritores, sobre todo mexicanos dan mayor y mayor importancia al estudio del factor autóctono a diferencia de autores anteriores en cuyas páginas la ausencia de la materia indígena o su franca depreciación, relegaba la cuestión a un campo limi-

tadamente occidental europeo, y convertía el problema de raza americana en una cuestión extra americana, por así decirlo. Parece que Spengler en sus incompletas reflexiones sobre la cuestión se inclina también a desamericanizar el problema, si cabe, y que piensa como que el problema americano sólo significa el estudio de un sector, de una continuación, de una provincia de la Cultura occidental faústica. Puede ser; pero no lo creo.

Siempre pensé desde comienzo que lo fundamental en estos asuntos no es tanto el estudio de los materiales étnicos, de los materiales actuales, y que más bien lo primordial sería, en un estudio intuitivo y experimental a medias, dirigirse de preferencia a la investigación de la tierra misma. Ya en mi citado libro hablé del *genius loci*, personaje o elemento que indudablemente no tiene entrada en los laboratorios y academias modernas, pero que para el pensador de veras debe tener una grave importancia. No todo lo que la ciencia deja de estudiar es indigno de estudio. Continúo explicándome.

Creo en el sentido local y en la interpretación terráquea de la historia. El hombre hace la historia y la tierra al hombre. Este es un concepto del que no se puede salir y del que no se saldrá jamás en mi concepto. La comida, la bebida propias, el aire que se respira, la inclinación y calidad de la luz y calor solares, el grado geográfico y las corrientes marinas, en fin todo cuanto converge a constituir telúricamente el valor y significado de los continentes e islas, tiene a mi parecer importancia capital y definitiva en lo que toca a creación y formación de razas humanas, y por consiguiente a toda historia humana. Cuando se ve después de un milenio (al decir de Spengler) desaparecer por decrecimiento y caducidad una grande cultura, como entre los chinos o entre los egipcios, habría que preguntarse qué cambios fundamentales ha ex-

perimentado la tierra, qué influjos ocultos o aun desconocidos han dejado de ejercitarse sobre la especie, qué elementos psíquicos de la tierra han cambiado o desaparecido en su influencia sobre el alma humana; y conocido esto, determinar precisamente la razón y causa de la decadencia. Una pregunta que sería interesante responder: los vinos burguñones ¿serán los mismos después de un milenio de sabia cultura? ¿No es sugestivo que hoy nadie hable de Chipres o Falernos con el mismo calor con que hablaba Horacio, por ejemplo?

La tierra envejece no sólo para producir trigos y viñas, sino también para producir hombres. Cuando se habla de una cultura decadente o de una raza fatigada, yo siempre me inclino a pensar en una tierra agotada. En este punto nada es para mí tan fecundo en reflexiones y comprobaciones como la contemplación de la Grecia y la Italia hodiernas; pero no tengo tiempo para detenerme en el caso.

Naturalmente todas estas son cosas que aun escapan a la objetiva ciencia occidental de nuestros días; pero un día se las sabrá, esperémoslo.

Y volviendo a nuestro tema, la cuestión de raza americana se trasmutaría en una de tierra americana. La pregunta sería: ¿Tiene esta *gea* americana en su seno los elementos cósmicos suficientes para formar y desarrollar una nueva raza personal y característica a la manera de las grandes razas pasadas o contemporáneas? Y para saber algo de lo mucho que se ignora sobre los posibles caracteres de los futuros pobladores de este continente, ya es un rico elemento de estudio la contemplación y examen de las razas autóctonas; porque en principio y aplicando los pensamientos anteriores, debemos esperar que los futuros americanos tienen que parecerse miraculosamente a los americanos pasados, o sea, la imagen de nuestras posteridades está como en un espejo ya en el pasado autóctono, del que aun quedan considerables restos vivos.

No puede ser de otra manera. ¿Se imagina que la raza norteamericana es mera continuación de la cultura occidental? Norte América no es Europa. La tierra nueva ha hecho un hombre nuevo; y allá se pretende que una cultura nueva también. Y si se comenzase a investigar por ciertos caracteres propios de estos hombres nuevos, ya se encontraría que al lado y en medio de ventajas y desventajas étnicas, lo que perdura son ciertos rasgos típicos y psíquicos de las primitivas razas rojas, hoy desaparecidas o por desaparecer. Diría yo con alguna audacia (y en ello hay más de elogio que de desaire): en el yankee moderno hay más del piel roja muerto que del inglés de Inglaterra. Y la razón parece obvia: la tierra, aquella *magna parens* virgiliana, sigue hoy haciendo hijos con sangre blanca como antes de Colón los hacía con sangre tinta; y todos fatalmente son sus hijos.

Recuerdo de un interesante título de Caso: el *Indolatnismo*, como la fórmula de Amé-

rica. No creo que sea la palabra justa. Lo que salga de América, lo que ya está probablemente saliendo es cosa que tiene que ser americana, nada más que americana. Es probable que el error venga de la aparente identidad de la lengua. Pero para el caso ¿qué significa la lengua? Es apenas el traje externo del pensamiento. Los escritores de América somos verdaderos *sartores resarti* en el caso. Con las mismas palabras de la península, el español de América hoy viste un alma fundamentalmente distinta de la española, pasiones distintas, aspiraciones distintas, y lo que es más aún, una energía vital distinta. Esta disidencia fundamental no de cosas sino de almas no quiere ser vista, y a menudo se disfraza; pero basta que se presente un hombre sincero e inteligente (Pío Baroja): en seguida nos llaman y *nos sienten* el continente imbécil. Yo no creo en la injuria fundamental del juicio. Tal juicio es el sentimiento recóndito de los españoles de España respecto de nosotros, sentimiento que su natural cortesía (y también su interés) disfraza de amistad y hasta de admiración para con nosotros. Pero al fondo de estas disidencias con trazas de injurias, no hay tal malevolencia ni cosa que la valga. Lo que hay es la inmensa diferencia entre dos almas que jamás llegarán a fundirse en una. Desprecio fundamental del español para con el americano, como en tiempos de Pizarro y Goyeneche; incompreensión eterna de parte del americano para con el español, como en el caso de la casi totalidad de nuestros escritores que beben de preferencia en Francia o en Inglaterra y no en España, mal grado la lengua común. Entre nuestras almas hay mayor abismo que el del Océano Atlántico. Tocante a estos divorcios o disparidades de almas, me acuerdo en este momento de las miradas con que se contemplaban los griegos de Atenas y los bárbaros de ojos azules del tiempo de Alcibiades. Ni se comprendían ni se comprendieron jamás. Y sin embargo todos ellos eran arios, o al menos se pretende tal...

Para terminar diré a usted, amigo Vincenzi, que por el momento creo que el camino más directo y seguro es el estudio de nosotros mismos. Cada uno de nosotros lleva toda la raza americana en sí, como la hoja en cierto sentido es todo el árbol de que está prendida. En esta dirección encuentro en la obra de Caso y Vasconcelos más de un acierto. Conozco otros escritores americanos que no deseo señalar, en quienes la tácita negación del yo racial íntimo les ha llevado a la carencia de toda originalidad, de toda energía real, de toda eficiencia creadora. Son meros calcos de culturas francesas u otras, calcos lejanos, pálidos, casi infantiles. Y sin embargo no faltan el estudio, ni la perseverancia ni el trabajo tenaz. De tales esfuerzos la raza ni la humanidad recogerán provecho alguno. Tales escritos dejan una impresión semejante a los de aquellos que a comienzo del medio evo salían en latín bárbaro de plumas británicas o galas, cuyo valor hoy día no pasa de uno

documentario. Limito mis reflexiones a ese campo estrecho que es el arte de escribir, ya por más próximo y fácil para la experiencia.

Deseo poder enviarle una nueva carta sobre estos temas y otros análogos a que me convida su interesante encuesta. Mientras tanto le cierro la mano y soy todo suyo.

FRANZ TAMAYO

A un amigo inquieto

Inéditos para REPERTORIO AMERICANO.

¡Oh tu vida
tan llena de zozobra,
tan llena de fatiga y de inquietudes,
en donde a cada paso hay una sombra
para el alma o un dolor para la carne!

Vacío, pesadumbre, ansia loca,
anhelo de luchar por primacías,
dolor por las derrotas,
efímera alegría por los triunfos
que después nadie nombra...

Todo eso te comprime y te anonada,
te quita la visión de muchas cosas,
y te encoge las alas que en ti llevas
como la noche lleva sus auroras.

Piensa más en ti mismo,
haz un esfuerzo ahora
y búscate en el alma el Dios que llevas
y medita en el bien de toda cosa
porque en el mundo es todo maravilla
y es todo amor y es todo luz y gloria!

Pero no te ensombrezcas
con tus aciagos pensamientos... Mira
a los niños correr entre sus rondas...

Los malvados, ¿no ves? son el relieve,
son apenas la sombra
por la que ha de brillar mejor la estrella;
que si en un charco ha de fulgir, se goza,
pues alumbra mejor, amigo mío,
aunque tal vez, al alumbrarlo, llora.

Pero nunca te inquiete el mal oscuro,
llénate de tu paz, divina y honda,
y vive en tus «Moradas»
para que cante un día en tu interior la alondra!

ROGELIO SOTELA

San José, Costa Rica, 1926.

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA

El Diccionario de la Academia Española

Edición de 1925

(Estudio presentado a la Academia Costarricense Corresponsiente de la Española, por su socio de número Lic. ALBERTO BRENES CÓRDOBA).

=Concluye. Véase la entrega pasada.=

CARBUNCO. En la significación de «cocuyo», insecto de la América tropical que despide de noche una luz azulada bastante viva. También llamamos *carbunco* al mismo insecto.

Nótese que el nombre de *carbunco* y no de *carbón*, como aquí se estila decir, es el que corresponde a una grave enfermedad contagiosa que suele padecer en estas latitudes el ganado vacuno.

CARIBLANCO. Cerdo montés bastante feroz que vive en grandes manadas en los bosques de las regiones cálidas o templadas de Costa Rica.

CARRACO. Especie de pato con la cabeza y cuello tornasolados.

La Academia dice que es ánade *de paso*, pero esto es inexacto. Nace, se cría y permanece en el medio familiar como las demás aves de corral.

El término *carraco* es onomatopéyico: ha sido formado por imitación de los repetidos sonidos que ese animal produce con su voz, un tanto desapacible.

CARRIEL. Dos significados especiales de Costa Rica se asignan en el Diccionario a esa palabra: uno es, bolsa de viaje con varios compartimientos para papeles y dinero; y otro, bolsa manual que, pendiente de unos cordones, usan las mujeres para llevar el pañuelo y otras menudencias.

Este último concepto se expresa en España con el sustantivo «ridículo», procedente del latín *reticulus*, «bolsa de red».

CAS. Literalmente consigna el Diccionario: «(Voz indígena). m. Árbol que crece en las costas templadas de Costa Rica, de unos doce metros de altura, de buena madera y una fruta semejante a la guayaba redonda, pero excesivamente ácida, que se usa para refrescos».

Eso de «costas templadas» no está bien, porque no las hay en el país: todas nuestras costas son cálidas, como que nos hallamos en la Zona Tórrida. El Diccionario de Gagini, de donde han sido tomadas las precedentes noticias, dice en este punto, y dice correctamente, «en las *tierras templadas o cálidas*».

La denominación de *cas* se aplica en especial al fruto producido por el árbol del mismo nombre.

CASCABELA. Crótalo o culebra de cascabel.

CENÍZARO. Árbol maderable que produce un fruto de que se alimenta el ganado.

Algunos dicen equivocadamente *jenízaro*.

COLOCHO. Está admitido el vocablo en dos sentidos: en el de *viruta* u hoja de madera retorcida; y en el de *rizo* o *tirabuzón*, esto es, mechón de pelo ensortijado.

COLÓN. Nombre del patrón monetario de Costa Rica.

Según el Diccionario se le llama así por llevar grabada la moneda de plata del valor de un colón, la efigie del descubridor de América. Pero lo cierto es que el indicado nombre ha sido puesto, no por lo de la efigie—lo que, dicho sea de paso, no figura ni en las piezas de plata ni en los billetes de un colón—sino por haber querido el legislador honrar la memoria de aquel personaje histórico, exactamente como ha ocurrido respecto al balboa panameño y al córdoba nicaragüense.

En la república de El Salvador también el patrón monetario es el *colón*, el cual vale cincuenta centavos oro americano.

ESTUCURÚ. Buho grande de las regiones cálidas.

GUACO. Ave de la familia de las falcónidas. El cuerpo es negro y el vientre blanco.

El nombre le viene del grito que suele producir: *guaco!*

GUARIA. Orquídea que adorna los tejados y tapias; la más abundante tiene la flor de color violado rojizo. Hay otra variedad de flor blanca.

SOBADO. Especie de melcocha que se hace batiendo la miel de inferior calidad que queda en el fondo de la paila al fabricarse el *dulce* o *panela*.

SÚRTUBA. «Helecho gigante» cuya medula es comestible.

En esto hay un error: la *súrtuba* no es helecho sino «palmera», como que pertenece a la familia *Palmae*.

Nuestro entendido naturalista don Anastasio Alfaro describe esa planta del modo siguiente: «Es una palmera de tres metros de altura, que se halla en las tierras bajas de ambas costas: su tallo es relativamente grueso, duro, espinoso y pubescente, con abundantes hojas palmeadas en la parte superior. El cogollo se usa asado al horno para ensaladas, que resultan de un sabor ligeramente amargo muy agradable».

TACACO. Planta trepadora de la familia de las cucurbitáceas que produce un fruto «semejante al chayote», el cual se come cocido como verdura.

Esa semejanza entre el *tacaco* y el *chayote* a que alude la Academia no existe, pues tanto el tamaño como el aspecto y demás condiciones son diferentes entre ambos frutos.

TALTUZA. Mamífero roedor, especie de rata.

TANELA. Pasta de hojaldre adobada con miel.

TAPATE. Estramonio.

TEOCINTE. Planta gramínea, especie de maíz, que se aprovecha para forraje.

TEQUIO. Molestia, perjuicio.

TIQIZQUE. Planta liliácea de hojas enor-

mes y rizomas comestibles y muy olorosos.

TOBOBA. Especie de víbora.

TOTOLATE. Piojillo de las aves y especialmente de las gallinas.

YOLILLO. Palmera pequeña que da un fruto parecido al del corajo.

YOS. Cierta planta de la familia de las euforbiáceas que segrega un jugo lechoso cáustico, el cual se utiliza como liga para coger pájaros.

YURÉ. Especie de paloma pequeña muy abundante en todo el país.

ZOPE. Ave del orden de las rapaces diurnas.

Ese nombre no es otra cosa que abreviación del de «zopilote», con que ordinariamente designamos al ave en referencia.

La lista que va a continuación corresponde a palabras que la Academia anota como usadas en Costa Rica y además en otras partes de América. Igualmente se incluyen aquellas usadas en toda la América Central y por lo mismo en nuestro país.

Achucullarse. Agarrón. Atolillo. Ayote y ayotera. Cacalote. Caite. Cajeta. Camisón (camisa de mujer). Cancha, en la frase: «abrir o dar cancha a uno»,—concederle alguna ventaja. (Mas en Costa Rica se usa en el sentido de *dar o abrir paso*). Carao (árbol). Carlanca. Carnaza (el que sufre el daño a que otro lo arroja para librarse de él:—*lo echaron de carnaza*). Caucel (gato montés). Cilampa. Cinco (moneda). Cinchazo. Chichicaste (árbol). China (en el sentido de «india o mestiza que se dedica al servicio doméstico»). En Costa Rica, sin embargo, ese vocablo se emplea en la significación de *niñera*, y no se toma en cuenta la raza a que la mujer o muchacha pertenezca). Dundo. Elote. Empajar. Encamotarse. Enchilar. Entelerido. Esculcar. Féferes (bártulos, baratijas). Gafo. Galucha y galuchar. Gamonal. Gandido. Garúa y guaruar. Glorioso (especie de ponche). Guaba. Guaca (hoyo donde se depositan frutas verdes para que maduren). Guacal. Guacamaya. Guanacaste (árbol). Guanaco (tonto, simple). Guandú (arbusto), Guangoche (tela basta para embalajes. Aquí más bien decimos *gangoche*). Guaro. Guate. Guatusa. Lora. Maganzón. Milpa. Retobado. Ruco (viejo, inútil, aplicado especialmente a las caballerías). Samotana. Sangradera (sangría o sangradora). Simarruba. Tabanco. Tanate. Tapicar (desgranar el maíz. No se usa aquí). Tarantín. Taranta (repente, locura). Tarasca. Tarasana. Tempisque (árbol). Tepescuinte. Tempechín (pez de río). Terciopelo (serpiente). Tigrillo (mamífero carnívoro semejante al zorro). Tiliche y tilichero. Tiste. Totoposte (del mejicano *totopoch*, bien tostado). Trillo. Trincar (apretar, oprimir. Mas en Costa Rica se dice *atrinicar*). Trucha (puesto o tenducha de mercería). Túnico. Tusa (espata de la mazorca del maíz. En lo figurado, mujer despreciable). Vaina (contrariedad, molestia). Zacate (del mejicano *zacatl*, hierba, pasto, forraje). Zamarro (pillo, bribón). Zanate (pájaro). Zapoyol (hueso o cuesco

de la fruta llamada «zapote»). Zarpear (salpicar de barro). Zarposo, a. (con zarpas). Zonchiche (cierto buitre con la cabeza roja e implume). Zopilote (aura o gallinazo).

Nómina

de términos que el Diccionario expresa usarse en ciertos países de América entre los cuales no menciona a Costa Rica, a pesar de que aquí se usan también en el mismo significado que les asigna.

Atol. Azarearse (avergonzarse). Bajareque. Bitoque (jeringa). Bolsear. Cacao (como onomatopeya de la voz del gallo que huye: «pedir cacao», pedir alafia). Cacharpas. Cachetón. Cancanear y cancanear (tartamudear y tartamudeo). Caramanchel. Cardumen. Carpa (tienda de campaña). Carrasposo (áspero al tacto). Catear (explorar los terrenos en busca de minas). Chachalaca (locuaz). Chapear (limpiar la tierra de malezas). Embijar (ensuciar). Embrocar (poner boca abajo una vasija o cualquier otra cosa). Festinar (apresurar). Fogaje (fuego, erupción de la piel). Follizca. Galera (cobertizo). Galgo (goloso). Gamalote (hierba forrajera). Jinetear (domar caballos cerriles). Jicote. Machote (borrador, dechado, modelo). Mosquero. Nanzú. Papelote (cometa de papel). Retorcijón (retortijón). Sabanera (culebra). Timba (barriga, vientre). Tuturutu (Colom. Ecuad. y Venez: turulato, lelo. En Costa Rica lo empleamos en el sentido de *beodo*). Varejón. Viaraza (como acción inconsiderada y repentina). Zafado (descarado, atrevido. Aquí por lo regular, usamos el vocablo en la forma femenina, con aplicación a la mujer coqueta y desenvuelta).

Adición

Consignamos en seguida unos cuantos provincialismos nuestros de uso común y frecuente, que no figuran en el Diccionario, por si en la próxima edición tiene a bien la Academia dar acogida a algunos de ellos.

AGRURA. (De agrio). f. Acedia.

BREQUE. (Del inglés *brake*). m. Freno, con referencia al de los trenes y tranvías.

BREQUERO. m. Empleado que maneja el breque o freno de un tren o tranvía.

CARÁTULA. (dim. de *cara*). f. Portada de un expediente.

CELE. (Del azteca *celic*), adj. Verde, dícese de las frutas tiernas o en leche.

COSTARRICENSE. adj. Natural de Costa Rica. U. t. c. s.—2. Perteneciente a esta república de América.

El Diccionario consigna *costarricense*, pero esta forma de gentilicio es inusitada en el país y también en los otros de la América hispana. En cambio, «costarricense» es el término que hemos usado siempre tanto en el lenguaje familiar como en el literario y el gubernativo.

Por lo demás, como en punto a gentilicios no existe en castellano regla fija para su formación, bien puede admitirse

ese que tiene en su abono el uso, el que, en materia de idioma, es el llamado a decidir soberanamente.

CHEQUEAR. (Del inglés *to check*). tr. Co-tejar unas cuentas o listas con otras; y también, varias mercancías con las respectivas facturas.

CHEQUEADOR. Empleado que en las aduanas desempeña el oficio de chequear.

INGRIMO, MA. adj. Enteramente solo o sola. Es término del lenguaje familiar que se emplea para ponderar el total desamparo en que está o ha estado una persona, por ejemplo, dice una mujer: «Cuando me sobrevino el accidente me encontraba *ingrima* en la casa».

Es palabra muy extendida por estas regiones. Además de usarse en Costa Rica y en otras partes de Centro América, figura también entre los provincialismos de Colombia y Venezuela.

En cuanto a su origen, el filólogo colombiano señor Cuervo le asigna como tal en sus *Apuntaciones críticas*, (edición de 1914), el portugués *ingrame* o *ingreme* que significa «escarpado», «empinado», el cual a veces se emplea también para denotar soledad, aislamiento, desamparo, como lo prueba el indicado autor con varios ejemplos.

ITABO. (*Yucca elephantipes*). m. árbol de tronco grueso, madera suave, que alcanza hasta unos cuatro metros de altura: sus hojas, que son largas y de consistencia dura y fibrosa, tienen forma de bayonetas. Produce una flor grande, blanca, que es comestible.

MAROMERO, RA. (De *maroma*). m. y f. Volatinero.

ÑATO, TA. (De *chato*). ad. Que tiene la nariz corta o aplastada. U. t. c. s.

ÑA. (Aféresis de *señá*, que es forma modificada de «señora»). Tratamiento que se acostumbra dar a las mujeres del pueblo un poco mayores: *ña* Juana, *ña* Petra.

ÑOR. (Aféresis de «señor»). Tratamiento dado a los hombres del pueblo de cierta edad.

PEJIBAYE. (*Guiljelma utilis*). m. Palmera bastante común así en las regiones cálidas como en las templadas del país. Produce en abundancia una fruta comestible llamada también *pejibaye* de forma aovada contenida en racimos de regular tamaño.

La palabra pasa por ser corrupción de la haitiana *pjibay*.

PIAPIA. (*Psilorhinus mexicana*). f. Ave que suele encontrarse en los cercados donde hay granos o frutas de que se alimenta.

Su nombre le viene del grito *pia! pia!* que repite con frecuencia al alzar el vuelo.

SUERTERO, RA. (De *suerte*). adj. Que tiene buena suerte.

SUICHE. (Del inglés *swich*). m. Aguja para cambiar la vía en los ferrocarriles.—2. Conmutador, pieza de los aparatos eléctricos que sirve para que una corriente cambie de conductor.

TAQUILLA. f. Expendio de aguardiente de caña.

El nombre procede seguramente del estante o casillero (*taquilla*), donde se acos-

tumbra colocar las botellas que contienen el licor que se expende.

TAQUILLERO. m. El individuo que expende aguardiente de caña en la *taquilla*.

TORTILLA. (d. de *torta*). f. Torta de maíz cocida en el comal.

TROMPILLA. (De *trompa*). f. Anillo de hierro que se acostumbra poner a los cerdos para que no escarben la tierra.

La admisión de americanismos en el cuerpo del Diccionario de la Academia no implica que los vocablos o modos de decir de tal linaje que allí figuren, deban considerarse por el mismo hecho tan castizos como los de generación netamente española. Trátándose de aquellos que carecen de equivalente en castellano, bien puede considerarse autorizado desde luego su uso general, en vista de la necesidad de su adopción; mas en cuanto a los que no están en ese caso sólo podrán alcanzar igual favor una vez que su empleo llegare a generalizarse en los países donde impera nuestro idioma y especialmente en España: mientras ello no ocurra, conservarán apenas carácter regional, pues su radio de aplicación se halla limitado al lugar en que tienen arraigo y se comprende bien su sentido.

El predominio que España ejerce en el asunto es perfectamente legítimo, siendo así que ella forma hoy, como ha formado siempre, el centro hegemónico del habla. Por lo cual todo el que quiera poseerla bien, sea cual fuere su país de origen, tiene necesidad de recurrir a fuentes españolas; y tanto mejor la poseerá, cuanto más alcance a familiarizarse con el vocabulario, giros, modismos y leyes gramaticales peninsulares. Que si en lo político, los americanos nos hallamos divorciados de la madre patria desde hace bastantes años, tocante al idioma no podemos ni debemos estarlo. Es esta una dependencia necesaria y altamente provechosa, ya que mediante ella disfrutamos de la gran ventaja de tener por vehículo de nuestro pensamiento, uno de los idiomas más ricos y cultos de Europa.

Ello no quiere decir, en manera alguna, que los americanos al hablar o al escribir hayamos de afectar un españolismo postizo, reñido con la naturalidad y sencillez siempre deseables en el modo de expresarse la persona. Cada pueblo tiene sus características en materia de lenguaje en consonancia con su mentalidad, cultura y demás particulares condiciones, cosa que no hay razón para desdeñar. Eso no obstante, dentro de las peculiaridades nacionales conviene ajustarse a las reconocidas normas del idioma, en resguardo de la unidad del mismo y para mejor adecuarlo a la satisfacción de las necesidades relativas a la comunicación de las ideas.

Por lo que mira a los españoles, excepción hecha de los filólogos en lo que dice relación al aspecto especulativo del asunto, escaso interés encierran los provincialismos de América, desde luego que no tienen para ellos valor circulante, como si dijéramos. Pero en lo que respecta a nosotros los

hispanoamericanos, a más de ver con agrado que se tomén en cuenta en el léxico oficial del habla nuestros vocabularios regionales, las circunstancias de hallarnos habiéndolo una misma porción del globo y de estar unos pueblos con otros en íntimo contacto, hacen útil el conocimiento de las variantes del idioma que en unos y otros países ocurren.

El llanto purifica

Para el poeta ROGELIO SOTELA

Me cansa la rutina
de la existencia, tanto
que brota sin quererlo
de mis ojos el llanto.

Señor, yo no he pecado;
Señor, yo no te he hecho
una herida tan honda
cual Longino en el pecho.

Señor, hora tras hora
mi dolor es más grande;
¿por qué, Señor, te place
mortificarme tanto
y ver que se humedecen
mis ojos por el llanto?

Pero nó, no te ocupes,
Señor, de mi tristeza,
deja que el llanto corra,
que abone mi vileza,
el odio y el rencor,
y así estaré más cerca
de tu reino, Señor.

GONZALO DOBLES

Costa Rica, 1925.

Informaciones Sociales

Organo en español de la Oficina
Internacional del Trabajo de Ginebra

Artículos de los escritores más eminentes. Noticias sobre el movimiento social en el mundo entero. Estadísticas comparativas respecto al precio de la vida y al tipo de los salarios en las principales capitales de Europa y América,

Se publica mensualmente

Precio de suscripción: 20 pesetas anuales
Número suelto: 2 pesetas.

Diríjase la correspondencia de redacción
y administración a:

A. FABRA RIBAS, Apartado 3032, Madrid.
Dirección telegráfica: INTERLAB, Madrid.

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

Dos pasajes de la novela Alcalá de los Zegríes

Los ricos han de saber serlo

—Daniel—repuso Alfonso con solemnidad,—los ricos, igual que los reyes, han de saber serlo. El pobre estima, mucho más que el dinero, la buena gracia del que lo da. Eres ddivoso, pero no eres blando; tienes buenas obras, pero malas razones; eres liberal, pero altivo; tienes buen corazón, pero mal genio; con una mano das el oro y con la otra un zarpazo... «Hacer política» no es lo mismo que cazar jabalíes, y aun para la caza de reses bravas importa más la maña que la fuerza... Los que tienen autoridad sobre los hombres han de saber distribuir con prudencia el premio y el castigo; halagar a un pueblo es tan llano como contentar a un niño: igual se le maneja y se le guía... El humilde suele perdonar al poderoso su dinero, pero no le perdona su orgullo. ¡Daniel! Es menester hacerse perdonar el pecado de ser rico...

El señorito de carrera

—Don Daniel — dijo el campesino cogiendo al señorito por un brazo,— aquí le presento mi hijo, el que estaba estudiando leyes en *Graná*...

—¿Acabó la carrera?—preguntó Daniel.

—Sí, señor—respondió el mozo;— me licencié el año pasado.

—Y ¿qué piensas hacer ahora?— volvió a preguntar Zegrí mirando al licenciado de hito en hito.

—Pues, cabalmente... se anticipó a responder el padre con una sonrisilla zalamera,—de eso queríamos hablarle a don Daniel... Es el caso que yo y su madre habíamos pensado buscarle al muchacho un destinillo...

—Y ¿para eso le habéis dado carrera?—interrumpió Zegrí con mal reprimido enojo.

Quedó el rústico un poco desconcertado.

—Como todo está muy malo—repuso con humildad — y es tan difícil meterlo a juez, o cosa por el estilo..., y como además el muchacho está delicado de salud..., pues yo me dije... quizás don Daniel pueda colocarle... en el Ayuntamiento, pongo por caso.

Miró Daniel con severidad al campesino, y le dijo estas palabras:

—Pensaste redimir a tu hijo del trabajo sacándole de su esfera natural, y le mandaste a las aulas; y ahora pretendes para él un *destinillo*, juzgando que así cumpliste y cumples mejor los deberes de padre y de ciu-

dadano. En lugar de criarle para la tierra le mandaste lejos de ti, metiéndole en la ralea de codicias y miserias de la ciudad, para aumentar el número de los mendigos titulados que vienen al asalto de empleos y credenciales... ¿No comprendes tu error? ¿No comprendes cuán necio es despoblar los campos para llenar las ciudades de abogados sin pleitos?

Aguantó el rústico la rociada sin pestañear, mientras el joven licenciado mudaba la color, no sabemos si de vergüenza o de cólera.

—De todos es...—dijo por fin el campesino—el deseo de mejorar y salir de la pobreza... No sería el primero que subió de bajos menesteres para sentarse en el Congreso. Y, en fin, yo pienso que es preferible estar sentado en una oficina, escribiendo papeles, que vivir en el campo destripando terrones.

—Pues por huir de la pobreza—repuso Daniel—le hiciste mil veces más pobre que tú... metiéndole esos humos en la cabeza. He aquí lo que has logrado: no hay sino miraros a la cara para decidir este pleito. Mientras que tú revientas de salud por todos los poros, este muchacho dice bien a las claras la pobreza de su sangre y de su espíritu...

—Siempre fué mi niño delicado...—arguyó el viejo sin inmutarse.

—Y a guisa de medicina—replicó Zegrí—le metes en la ciudad...

—Dispense, don Daniel—volvió a decir el campesino, amostazado.—Ya que tan malamente le sentaron mis palabras, le pido licencia para retirarme...

—Id con Dios—dijo Zegrí volviéndoles la espalda.—¿Has visto?—le preguntó a Guzmán apenas hubieron salido.—Ganas me han dado de arrojar a esos bergantes más aprisa. El padre, prestando con usura unos ahorros que juntó, y arruinando a unos pobretes de su lugar, allegó una pequeña hacienda y se empeñó en hacer del único hijo que tenía un señorito *de carrera*. Mira si es imbécil que se privó de los brazos y del dinero de que tanto había menester, por lograr su vano deseo. Te advierto que tanto el padre como el hijo hablan pestes de mí; el licenciado las da de socialista, y no se le caen de la boca el *latifundio* y otras palabrejas por el estilo. Es de los que pregonan por ahí que yo soy un tirano y un enemigo del pueblo..., lo cual no impide que venga a pedirme una credencial...

RICARDO LEÓN



¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública en escuelas y colegios=.

UN CENTENARIO CIENTIFICO

El descubridor de los saltos de temperatura

No parece que en 1826 alguien haya sospechado la importancia de un folleto de 128 páginas que se titulaba *Reflexiones sobre la potencia motriz del fuego y sobre las máquinas adecuadas para desarrollar esta potencia*. Probablemente, ni su mismo autor. Llevaba éste, sin embargo, un nombre tan señalado en la ciencia y en la historia de Francia, que debía bastar para llamar la atención. Era un muchacho de veintiocho años, era Nicolás Sadi-Carnot, el hijo de Lázaro Carnot, del organizador de la victoria en la Revolución francesa. Europa se había coaligado contra Francia, al coaligarse contra su revolución, como en nuestros días se coaligó contra Rusia, al coaligarse contra la revolución bolchevique. Yo he oído a emigrados rusos zaristas hablar con respeto de Trotsky por haber defendido la integridad de Rusia contra el extranjero al defender la revolución bolchevique con el Ejército rojo contra los blancos, lo mismo que los franceses más opuestos a la revolución francesa no pueden menos de ver en Lázaro Carnot al defensor de Francia. Y qué maravilloso defensor. Francia no estaba defendida geográficamente por sí misma como lo estaba Rusia. La obra de Trotsky no puede compararse a la de Carnot, aunque es verdad que en Francia no se habían, como en Rusia, desorganizado los recursos materiales de un gran Estado. De todos modos, los catorce ejércitos que puso en pie el sabio Carnot parecieron una obra de magia. Goethe, después de la victoria francesa en Valmy, veía aparecer un mundo nuevo.

Si Goethe hubiera conocido el folleto del hijo de Lázaro Carnot acaso hubiera visto el nacimiento de una ciencia nueva. En él hállase en principio la termodinámica: «La potencia motriz del calor—escribía en su folleto Nicolás Sadi-Carnot—es independiente de los cuerpos empleados para realizarla; no depende más que de sus temperaturas». Hacía media docena de años que habían aparecido los ferrocarriles, y daban toda su importancia industrial a la máquina de vapor. Watt, Newcomen, Stephenson, los inventores de la máquina, habían procedido empíricamente, no conocían la dinámica del vapor. Nicolás Sadi-

Carnot fué el primero que se preguntó cuál sería la mejor utilización del combustible. Lo que descubrió fué que el trabajo de la máquina de vapor dependía del salto de temperatura entre la caldera y el condensador, cualquiera que fuese el agente empleado para el transporte, y que cuanto más elevado fuera el salto de temperatura más trabajo en potencia tendría. Hoy vemos que lo mismo sucede con los saltos de agua.

Nicolás Sadi-Carnot murió pocos años después, en el cólera de 1832, y casi todos sus papeles fueron quemados. Los ingenieros de Francia han celebrado el centenario de su folleto con un discurso del Sr. Daniel Berthelot, quien lleva científicamente con toda dignidad su apellido, que es uno de los últimos ecos de las grandes familias francesas del siglo XIX.

CORPUS BARGA

Paris y enero.

El centenario de Sadi-Carnot

FRANCIA celebra estos días el centenario de Nicolás-Leonardo Sadi-Carnot. Pero no confundirse; este Carnot no es el «organizador de la victoria» ni el asesinado Presidente de la República. Este Carnot es el autor de un librito de cien páginas, titulado *Reflexiones sobre la potencia motriz del fuego*, que ha revolucionado el mundo. Murió a los treinta y seis años, de cólera, y sus papeles fueron quemados como medida sanitaria. El folleto pasó inadvertido al principio; actualmente la ciencia está bajo la impulsión de él recibida. Así ha podido decir M. Daniel Berthelot en su discurso de conmemoración: «parecido a esos ríos que manan de un humilde origen y luego dan vida a regiones inmensas, la corriente de ideas salida de las concepciones de Carnot fecunda hoy todo el vasto dominio de las ciencias físico-químicas».

El propósito de Carnot era bien modesto, en apariencia. En aquellos tiempos, la máquina de vapor comenzaba a tomar importancia en la industria y en los caminos de hierro. Se conocía su mecanismo, la manera de actuar el vapor sobre la corredera, los pistones y bielas; pero se ignoraba

el mecanismo esencial. Sadi-Carnot escribía al principio de su libro: «Las máquinas movidas por la fuerza del hombre o de los animales, por los saltos de agua, por el viento, pueden ser estudiadas hasta en sus menores detalles por la teoría mecánica; en cambio, falta una teoría semejante para las máquinas de vapor». Sadi-Carnot erige el edificio, hoy gigantesco, de la termodinámica con esta sencilla proposición: «La potencia motora del calor es independiente de los agentes con que se obtiene; la cantidad depende únicamente de las temperaturas de los cuerpos entre los cuales se hace el transporte de calórico»; es decir, de la caída de temperatura entre la caldera y el condensador. Esta diferencia de temperaturas es como la diferencia de niveles en los saltos de agua, y la caída de temperatura, semejante a la caída del agua. Cuanto mayor es el desnivel o la diferencia de temperatura, mayor es el trabajo obtenido y mayor la facilidad para «extraerlo», por así decir. Y Sadi-Carnot llegó a encontrar un equivalente mecánico de la caloría muy cercano al que después hallaron Mayer y Joule. La segunda parte del título de su obra, *Medios de desarrollar la potencia motriz del fuego*, es una consecuencia del principio enunciado, puesto que de él se deduce que en toda máquina por fuego, desde la de vapor a los motores modernos, ha de tenderse a aumentar la caída de temperatura.

El diminuto libro de Carnot no solamente ha enriquecido la industria con fórmulas útiles, sino que ha introducido nociones como la de los ciclos, la reversibilidad, la entropía, la degradación de la energía, que significa la evolución del mundo hacia una muerte fatal. Si el trabajo se realiza por la caída de la temperatura desde un nivel caliente a uno frío, sin que se dé la reversibilidad, de la parte menos caliente a la más caliente, llegará un momento de equilibrio térmico en que no habrá acción posible. El mundo se va enfriando, y su movimiento ha de tener forzosamente término. Se han imaginado diversas hipótesis sobre la acción de causas extrínsecas que volverían a recalentar al mundo; pero, en opinión de Poincaré, no harían más que retardar la muerte calorífica del mundo, pero no impediría. «El deber del hombre—se ha escrito—es utilizar de la mejor manera la energía universal que puede manejar, porque la energía se usa, se degrada ante sus ojos en una caída continua, irreversible». Esta es la enseñanza filosófica, moral, que nos dicta Sadi-Carnot en su pequeño libro, eterno... si el principio que descubrió es falso.

(El Sol, Madrid).

El bandido

Por

JOAQUÍN EDWARDS BELLO



Esa mañana, la señora Ignacia se movía inquieta por la casa, barruntando un suceso extraordinario. Su marido andaba en el pueblo, y las chiquillas estaban afeitadas, una en el lavadero, a orilla del río, y la otra en la ramadita o cocina, haciendo la comida.

—Pero ¿qué te pasa, mamita?—dijo una de las chiquillas, que se llamaba María, viendo cómo quebraba un vaso nuevo. —¡Y tan caro que está el vidrio!

La señora Ignacia fué echando en el delantal los pedazos de cristal, y luego exclamó como recordando algo inmenso:

—Ahora sí sé lo que soñé anoche: soñé que venía un santo a la casa, un santo tan bonito... Tenía los ojos verdes y un color bien blanco...

—¿Y pa qué hace caso de los sueños?

—La cabeza dormida ve la vida sin secretos. Desde chica he creído en los sueños. Una vez soñé con un ataúd blanco en un altar, y veía un hombre igual a tu padre, cuando ni lo conocía. Meses después lo vi, igualito al sueño, y me casé.

—Y el ataúd, ¿qué quería decir?

—¡Quién sabe! Son cosas de los sentidos...

La María siguió en sus menesteres; de vez en cuando se dirigía a su madre, modulando y alzando la voz, según ésta se encontrara más cerca o más lejos.

Era una mañana clara. El aire estaba quieto y todo se veía como nuevo, como recién nacido: una de esas mañanas que se parecen a la primera del mundo. El verde era más verde, el agua más clara, el azul del cielo más azul, con un color de acuarela barnizada, y el sol lo doraba todo, hilando su almíbar encima de todos los cerros y todas las flores. ¿Qué podría ocurrir en un día así?

Esa casa era la más alejada de todas en el fundo llamado *La Cuesta*, en lo más abrupto de la provincia. Fundo dividido, al centro, por el río, y un estero servía de límite casi en el confín de la Argentina, en la base de la cordillera vertiginosa. Detrás de la casa caía una cascada pura con ruido de hojas y de brisa, entre unos matorrales donde asomaban su cara roja los copihues, pendantif de rubíes en la selva. Fuera del rechinar de carretas, muy de tarde en tarde, no se escuchaban ruidos de actividades humanas en esos parajes.

María preparaba el café, y la otra hermana, la Meiga, lavaba la ropa, la estrujaba e iba colgando las piezas en una cuerda amarrada en dos árboles.

La mamá Ignacia fué la primera que sintió un lejano galopar por el lado Sur, y poniéndose las manos como visera, descubrió muy lejos, en el camino, una polvareda que poco a poco tomaba forma de cuatro cabalgaduras con sus jinetes. ¿Qué sería? Aunque no era común ver gentes de a caballo en esos confines del fundo, pensó que serían señores excursionistas.

Los amos de *La Cuesta* no habían llega-

do; pero de todas maneras solían verse en primavera cazadores o turistas de Santiago, ávidos de paisajes, o viajeros que pasaban en dirección a la Argentina.

La casa dominaba el camino hasta una gran distancia, pero existía una alameda que no dejó ver caballerías y jinetes durante cinco minutos. La polvareda sola subía, acercándose gradualmente por encima de los árboles. Cuando pasaron el último álamo y la muralla de zarzamora que en Chile es la base de las alamedas rústicas, como un cimientito, se vió claro la clase de personas que se acercaba. Era gente de ley, soldados o carabineros; veíanse claramente sus uniformes color campo y sus gorras, y las armas a la espalda. Avanzaban directamente a las casas, y a poco se distinguieron sus facciones; galoparon todo el tiempo, hasta parar en seco frente a las tres mujeres, que esperaban curiosas, apoyadas en la maciza vara del rancho.

—Buenos días. ¿Tendrían ustedes cualquier cosa de comer y un traguito para hacer pasar el polvo?

—Aquí no *manijo* nunca *trago*; no es negocio—dijo [doña Ignacia riendo—. Café sí puedo darles, y un poco de chanco...

—Café, en vasos, porque no hay tazas, y el pan está duro—dijo María, mirando atentamente a los soldados. Era tan raro ver hombres por esos contornos...

La Meiga se había retirado; se hacía sombra a la cara con la mano y miraba de soslayo. Era una chiquilla tímida, nerviosa, delgada; creía en los sueños y en las brujerías, con el temperamento de la madre. María era bonita, con la piel ladrillosa pero lisa, suave, y unos ojos expresivos con pestañas largas y rectas, de gitana. Ambas iban descalzas de enero a enero. Cuando el patrón les preguntaba si no sentían frío, exclamaban: *Todo el cuerpo es cara...* Las piernas eran perfectamente formadas, brillantes, con el color y la suavidad de la cara, limpias, como que pasaban medio día lavando, arremangadas, muchas veces con el agua a las rodillas.

Ya estaban las tres atareadas en la cocina, preparando la comida a los hombres; los carabineros habían bajado de sus caballos y estiraban sus músculos. Uno bostezó a zafarse las mandíbulas. El sudor les bajaba por la frente dejando una huella de barro; las cabalgaduras bajaban el hocico ansiosamente, buscando por el suelo las direcciones del pasto; llegaban a echar humo por las narices y el cuero, como loco-

motoras; en la parte del cuello, donde las riendas frotan, tenían como un jaboncillo aceitoso. Eran caballos gordos, pequeños, regalones, caballos de cuartel.

—¿Qué horas son?—preguntó uno de los carabineros, el más joven, con una cara imberbe y enérgica, de pómulos salientes y un pelo como escobillón.

—Las ocho—dijo otro que sacó un reloj de níquel.

—Apúrese, señora, por favor—dijo otra vez el joven, avanzando hacia la cocina—. ¿No sabe usted en qué diligencia andamos? ¿Qué, no sabe na entonces?

—Naíta—dijo María.

—Yo calculo—dijo la señora—que buscarán algún rastro.

—Al Jun Antonio.

—¡Juan Antonio, por aquí!

—Sí, y en camino para la Argentina. Anoche tuvimos tiroteo con él y arrancó a la cordillera. Si lo pillamos lo vamos a hacer tirititas con la pura rabia que le tenemos. Ya nos ha matao cinco hombres.

—¡Jesús María!

Las mujeres ya estaban todas alrededor de los carabineros, escuchando la cosa. Meiga tenía las manos en la cara.

—¡Cinco hombres! ¡Bueno con el pícaro grande! ¡Y anda por aquí! Buena cosa; el marío se fué anoche...

La señora Ignacia había oído hablar del famoso Juan Antonio, terror de los campos y arrabales de la capital. Era un hombre audaz y misterioso, cuya filiación exacta no se conocía, y que se multiplicaba por los campos: tan pronto aparecía en Rancagua como en Talca o Santiago. Su cabeza estaba a precio; mil pesos al que le pillara, vivo o muerto. Su fama cundía en el país a cada nueva fechoría y escapada que hacía por esas montañas. Se decía que era *futre*, hijo de gente acomodada, buen mozo; algunas veces le vieron en los *bares* de Santiago vestido como un *chute* cualquiera. ¿Sería un personaje fantástico, un fantasma mejor que un hombre?

—¡El Juan Antonio!

Las mujeres se santiguaban, miraban para todos los lados y temblaban al menor ruido.

—Tenemos que pillarlo antes que cruce pa la Argentina—dijo el carabinero joven, que miraba a la Meiga.

—Ese no va pal otro lao: se esconde en las montañas no más. Dicen que tiene una cueva—dijo otro carabinero.

—Nadie sabe—dijo el joven—. Otros dicen que en Santiago tiene casa.

Nadie paró atención en un largo silbido, como de culebra, que se oyó por el matorral detrás de la casa, y entre los copihues, al poco rato, se vió una lengua de fuego, como un rayo; sonó un estampido, y el carabinero joven, en el momento que tomaba el vaso de café de manos de la María, cayó al suelo sin decir ¡ay!

El ruido violento, tan inesperado y cer-

cano, produjo la huida de las mujeres y una gran confusión entre los carabineros. Miraban por todos lados; registraron la casa y el rancho, pero nada vieron. Estaban pálidos, y cuando subieron a sus caballos temblaban las espuelas y los estribos de metal. Partieron galopando al azar, sin beber el café ni llevar las viandas, en una carrera nerviosa, camino adelante, por la misma alameda que les vió venir. El caballo quedó ahí, y el muerto, poco a poco, se fué cubriendo de moscas.

La señora Ignacia salió al poco rato y puso un pañuelo en la cara del muchacho. Estaba amarillo, pero ni una señal en el rostro; bajo la chaqueta, a la altura del cinturón, crecía un charco de sangre. El sol subía lentamente, calentaba el suelo y aumentaba la vida de las moscas que zumbaban e iban a posarse de preferencia sobre el cadáver. La María salió luego, quitó el pañuelo de la cara del muchacho y colocó un manto viejo, verdoso, que lo cubrió casi por completo. El rostro estaba tranquilo, diríase sonriente, con una boca abierta; pero tenía una mano impresionante, crispada a la chaqueta, y la sangre negra cundía debajo. La Meiga, más tímida, miraba desde la choza, pero ninguna lloró.

—¡Dios mío!, si no llega el marido. ¡Virgen Santísima!—decía la madre, caminando—de un lado a otro. Yo no me atrevo a ponerlo adentro: y de noche capaz que se lo coman los perros... ¡Pobrecito!

Poco a poco las mujeres volvían a sus menesteres. La María a la cocina y la Meiga a lavar. El sol estaba ya muy alto, hilando su almíbar igual, y el árbol y la flor, todo igual. Y un hombre ahí mismo, un mozo hirviente de vida se había ido a rendir las grandes cuentas en el mundo inefable. Pero ¿qué cuentas de qué podría dar el pobre muchacho?—pensaba la madre—. Era una vida de humilde que había terminado, igual que el hijo de ella, obrero en la ciudad. Nada más. Y pasaban por ahí con el fatalismo ingénito en la mirada, cerca al muerto.

De pronto, en el silencio ardiente del mediodía, se oyó un silbido agudo que rebotó en la selva, el mismo silbido como de gran culebra que se oyera horas antes. Acto seguido se oyeron como castañuelas los cascos de un caballo y por detrás de la casa apareció un jinete en caballo negro, nervioso, de cara chica. El hombre estaba hecho una compasión, cubierto de polvo y lodo en tal forma que no podían distinguirse sus facciones.

Llevaba un sombrero grande y un brazo vendado.

—¿Cómo le va, señora?

—¿Qué se le ofrece?

Ya estaban curadas de espanto las mujeres, pero la Meiga fué a esconderse y miraba por una rendija la selva con el salto de agua donde apareciera por la mañana el mortífero copihue de fuego. Arriba, en la cumbre, donde empezaba la cascada, parecían deslizarse tres sombras. No tenía miedo: se escondió instintivamente como el animalillo por la poca costumbre de ver

hombres. Tenía vergüenza, la vergüenza femenina.

—Vengo a tomar el café que calentaron los *pacos*—dijo el hombre, riendo.

¡Virgen Santísima! Si fuera el bandido. Pero tenía el hombre la cara tan negra. ¿Cómo podía ser el barbas de oro? Reía con una gran risa blanca, que hacía contraste con el polvo y el barro de la barba. La Meiga y la María miraban al forastero con atención. Quién sabe por qué, ese hombre no infundía miedo. La mamita Ignacia fruncía los ojos, considerándole, de alto a bajo, a bocajarro. Llevaba un poncho sucio; pero, a pesar de todo, en un caballo tan brioso, se veía arrogante.

Cuando le llevaron el vaso de café, preguntó si podrían echarle unas gotas de alcohol, y la señora, que negó el *trago* a los carabineros, dijo:

—Tengo vino, si quiere.

—Sírvame—dijo el hombre—; pero antes voy a lavarme. ¿Dónde puedo lavarme?

—En el estero. ¡Meiga! ¿Por qué no le lleváis pal estero? Dale un paño.

La Meiga no dijo una palabra. No quería acompañar al hombre. Él se bajó del caballo y fué a mirar al muerto; se sacó el sombrero y se persignó.

—Mañana me tocará a mí—dijo—. Los pobres estamos de más en el mundo.

—¡Meiga! ¿No querís acompañarlo? Entonces voy yo—dijo la madre—. ¿Dónde está el paño?

El estero quedaba oculto a la casa en una depresión y era necesario mostrar la parte del lavadero. El hombre se sumió la cabeza en el agua y empezó a jabonarse con el jabón bruto. La mujer miraba con el paño en la mano. La cabellera y las barbas iban mudando de color, de negras en amarillas, como en esos experimentos de metales que los taumaturgos vuelven dorados, sumiéndolos en ácidos. Cada zambullida mostraba mejor la maravilla de pelos rubios como el oro, y la mujer pensó en el sueño y en el bandido Juan Antonio, *el Barbas de Oro*, pero no sintió miedo. Llegó a poco la María y no dijo palabra, mirando la cara del hombre; era una cara de niño y de santo, con cejas finas y perfil elegante; las manos iban quedando blancas. Se incorporó para jabonarse el cuello y quedó riendo con una risa pueril. La María buscaba una cosa en el agua y, agachada, se veían sus muslos desnudos un palmo más arriba de la rodilla, en el ensanche turbador.

—Aquí hay otro paño—dijo sacándolo del agua y estrujándolo.

Después, ya limpio el centauro, fué al caballo y sacó de las alforjas unas latas y dió a la María un alfiler con piedras como gotas de rocío traspasadas de sol.

—Guárdelo de recuerdo, m'hijita, pero no se lo muestre a nadie.

Miraba a las chiquillas y bebía vino como en el restaurante. Ellas le miraban. Nunca vieron un hombre tan majó, tan fino, tan perfecto. Tenía cara de patroncito.

—Me parece que lo he visto—dijo la señora.

—No sería raro.

Seguía la contemplación muda de las mujeres, y él comiendo. Se acercó la María, sonrojada, y le puso otro plato, echándole encima su olor de hembra.

La chiquilla tenía cara de buena y también un olor bueno a pan de horno... Sería hacendosa, y sería bueno vivir ahí en la choza, cultivando el campo y viendo crecer los retoños; sería bueno morir ahí de puro viejo, como los árboles. El muerto estaba lleno de moscas. El vino o esas ideas ponían melancólico al centauro.

—¿Y adónde va ahora?—dijo la María, con voz lánguida, como un reproche.

—No sé. Yo soy una sombra. Tome esos billetes y écheme todo el chanco a las alforjas—dijo pasando unos billetes que la mujer no rehusó.

La mamita Ignacia fué echando pan y trozos de carne en las alforjas. El caballo negro la miraba de reojo con una expresión de pillo.

Se sintió un silbido en la selva. Meiga miró instintivamente al cerro, arriba, donde caía el agua.

El hombre bebió el último vaso, se limpió la barba con los dedos y fué a la María; la dió un largo beso en los labios, que ella no pudo esquivar.

—Volveré esta noche—dijo.

Montó de un salto y se fué como una sombra, haciendo los cascos del caballo negro un ruido de castañuelas en las piedras del estero.

Las mujeres se quedaron mirando los matorrales donde el agua llora y los copihues sangran.

La noche vino, con sus claridades celestes; la noche atónita del campo, con las estrellas como ojos asombrados, que miraban a las mujeres solas, con un cadáver...

No podían dormir. El miedo las juntaba. Y María esperaba... en una mezcla de ansias de mujer y terror mortal.

Cuando ladraron los perros y las castañuelas del caballo sonaron en el estero como los latidos de su corazón, la muchacha perdió el respirar y Juan Antonio la encontró en sus brazos casi desmayada.

La Meiga y la madre rezaban en el velorio de estrellas:

«Padre Nuestro, que estás en los cielos...»

(Del tomo *El Nacionalismo Continental*. Crónicas Chilenas. Madrid, 1925).

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

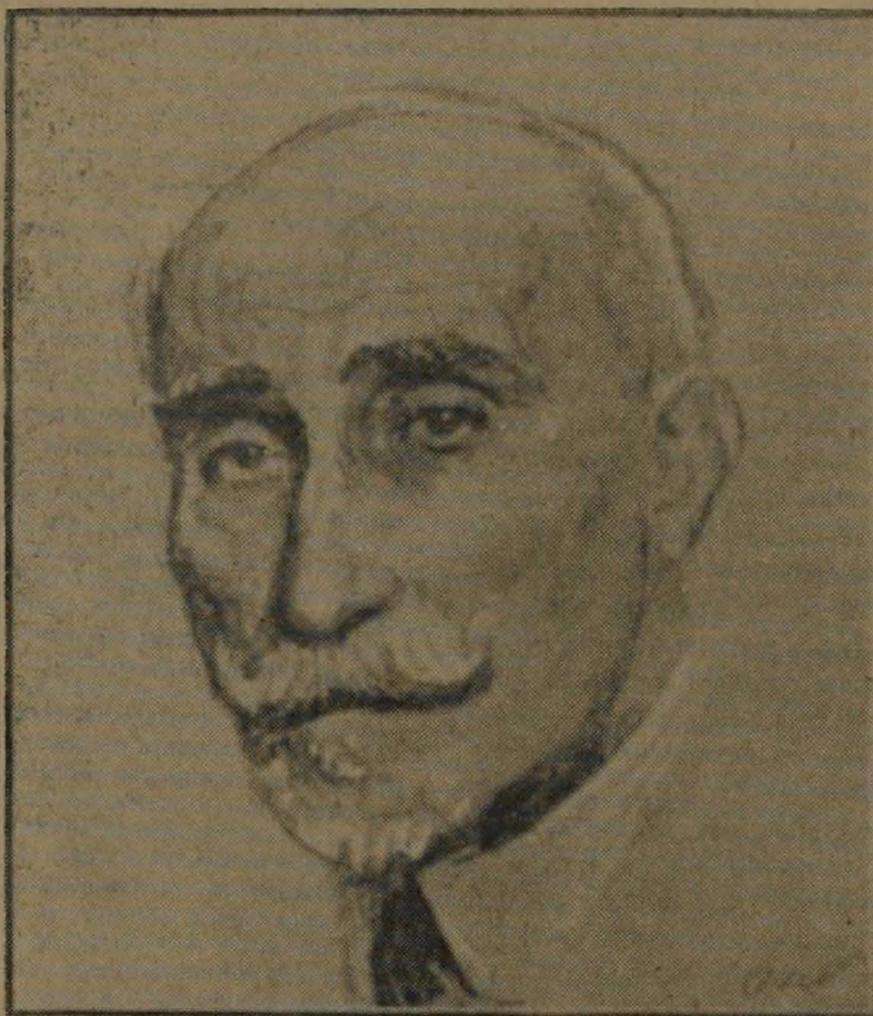
Suscríbese al REPERTORIO AMERICANO y recoméndolo a sus amigos.

Antonio Maura y Montaner

(La Prensa, Buenos Aires).

SOBRE don Antonio Maura existen pocos estudios, libros, biografías. Se ha escrito mucho sobre el político; toneladas de papel impreso podrían amontonarse con lo que a propósito de Maura se ha plumeado en los periódicos; estudio detenido, serio, imparcial, no conozco ninguno. Los políticos suscitan en vida—cuando las suscitan—tempestades de pasión; al morir, las pasiones se desvanecen; el recuerdo se va apagando. Fueron hombres de acción, y con la acción desaparece la memoria. De los grandes políticos españoles del siglo XIX, ¿quiénes han dejado una obra durable, permanente? Es difícil ahora, cuando volvemos la vista atrás, el saber, a ciencia cierta, cómo era uno de esos grandes políticos. Mezclados con los mediocres, van los conspicuos. Desde 1833, en que se declara la regencia de María Cristina; desde 1833 hasta la fecha, ¿cuántos nombres encontramos de grandes políticos y de mediocres gobernantes! Zea Bermúdez, Martínez de la Rosa, Toreno, Mendizábal, Isturiz, Calatrava, Bardají, Heredia, Velasco, Pérez de Castro, González, Culaozar, Sancho... y no nombramos más; todos los indicados han sido presidentes del consejo en gobiernos que se han sucedido desde el 29 de setiembre de 1833 al 12 de octubre de 1840. Si tuviéramos que pasar la lista de todos los presidentes que se han sucedido desde 1833 hasta 1923 tendríamos que ocupar más de una columna de *La Prensa*. ¿Cuántos de esos nombres conocería el lector español?

Los pinchos.—Maura murió de la muerte que preconizaba Montaigne. No quería el filósofo de Burdeos ni dolores, ni postración en el lecho, ni parientes y amigos llorosos, tristes, en torno a la cama donde yace el enfermo, ni angustias y zozobras que conmueven a los allegados y hacen que toda la casa vibre de dolor. Montaigne deseaba morir lejos de los suyos, en el camino, en un albergue ocasional. Vi a Maura el jueves al anochecer; el domingo a mediodía supe la noti-



(Del natural. Estudio de LEANDRO OROZ; en junio de 1925).

cia de su muerte. En jueves se celebra, de ocho a nueve de la noche, sesión en la Academia Española. Media hora antes van llegando los académicos. La media hora preliminar se emplea en grata charla. El salón de conversaciones es amplio y claro: amplio ya lo dice el aumentativo—¿no estamos hablando de la Academia?—y claro habré de decirlo yo, si digo que las paredes están revestidas de blanco y que la luz reverbera en esa nitidez. Los divanes y sillones son cómodos y suaves. Van llegando los académicos y hay un rato de charla. No se habla nunca de política; los temas de las conversaciones los constituyen los asuntos literarios eminentes. Y entre los asuntos literarios eminentes, se tratan sólo aquellos que despiertan menos la pasión. Diríase que la literatura se debate aquí como a un siglo de distancia. Cuando el torbellino de las modas enzarza fuera a unos y otros escritores en estas discusiones de la Academia—discusiones privadas, no oficiales—se conserva una serenidad, un alejamiento que parece que sólo el tiempo podría

dar. Los que imaginasen en estas charlas maledicencia, detracción, dicacidad, se hallarían en un profundo error. Como a cien leguas, a distancia de cien años, se encuentran los tertuliantes de estas reuniones libres y previas de los personalismos y los ardores que sacuden y envenenan el vivir diario del literato.

Y los minutos—veinte, treinta—pasan ligeramente. Ya han llegado muchos más académicos. En la casa, a última hora de la tarde, se celebran algunas juntas de comisiones especiales. Los reunidos en esas juntas llegan al salón los postreros; vienen en ese grupo retardatario el secretario de la corporación, el censor, el bibliotecario. Aparece también, enhiesto, alto, elegante, el director, don Antonio Maurá. Maura setentón, no había perdido, con los años, su esbeltez, su gallardía. Derecho, rígido, pero sin afectación, penetra en la sala y da unos cuantos pasos. Todos los académicos se levantan al verle; él va estrechando afluente las manos de todos. Se detiene un momento en un grupo; pasa luego a otro; le

dice a este académico una palabra bondadosa; tiene para el otro una frase de ingenio. Y todo esto, todo este ir y venir de un grupo a otro, de uno a otro académico, con naturalidad, sonriente, dejando una mano sobre las manos de un compañero, cuando ya se ha vuelto y camina hacia otro colega.

El jueves último que asistió Maura a la Academia, entró, como siempre, sonriendo y afable. Alto, erguido, vestido de negro, resaltaba su figura sobre la blancura de las paredes. Y en lo negro de su traje resaltaba también la mancha blanca de su barba nevada. Fué de uno en otro grupo el director saludando y sonriendo a todos. Llegó donde yo estaba. Generalmente, algún artículo mío aparecía los jueves en *A B C*. Maura, al llegar a mí, con cuatro o seis palabras ingeniosas, elegantes, hacía un juicio sintético de mi trabajo. El jueves a que me refiero, el último de su asistencia a la Academia, había publicado yo un artículo sobre los terribles alambrados que existen en los parques y jardines de Madrid. Esos alambrados están formados por hilos llenos de pinchos agudos, y por toscas estacas; impropias de una gran ciudad, capital de una nación histórica, esos alambrados recuerdan el redil o la paridera de los ganados. Madrid, en cuanto a jardines—y el jardín es el alma de las ciudades—ofrece un deplorabilísimo espectáculo. Causa honda pena al considerar el odio que en Madrid se tiene al árbol. Pero dejemos esto para otra ocasión; los pinchos de los alambrados son un evidente y permanente peligro para los niños; muchas veces les han causado heridas; de los desgarrones y estropicios de las ropas, no se hable; en el seno del hogar hablarán las madres, y con lo que hablen—si se pudiera publicar—se formaría una expresión antológica en honor del ayuntamiento y de su intangible jardinero mayor. Don Antonio Maura había leído mi artículo contra los pinchos de los alambrados, y al llegar a mí, en tanto estrechaba mi mano, decía:

—Hay pinchos en muchas partes; hay muchos pinchos...

Y no dijo más. Y era bastante, Sí; existen pinchos, en España, en muchas partes. Hay muchos pinchos en la vida española. Por destruir esos pinchos—espirituales, materiales—venimos trabajando, desde hace años, algunos escritores a quienes se nos moteja de antipatriotas. Y yo creo que los antipatriotas son precisamente los que nos dicen—entre hipérbolos superlativas, encarecimientos e inflamadas loanzas—que los pinchos no existen.

Y Maura repetía:

—Sí; hay pinchos en muchas partes; hay muchos pinchos...

El culto al derecho.—Esas fueron las últimas palabras que escuché de los labios del gran orador. Por un azar dichoso, esas últimas palabras de Maura estaban de acuerdo—en íntima armonía—con la doctrina, con las campañas, con los procedimientos que yo, modestamente, he venido haciendo, en cuanto a la literatura, en cuanto a la vida social española, desde hace veinticinco años. La más alta autoridad de España, en

la política, venía a sancionar con esas palabras la actuación del escritor. Y esas palabras que escuchaba el escritor, habían de ser las últimas que le oyerá proferir al gran orador. «Sí; hay pinchos en muchas partes; hay muchos pinchos».

Desde hace más de veinte años he estado escuchando los discursos de don Antonio Maura. Los he escuchado, primero, desde la tribuna de la prensa, en la Cámara popular; después, sentado en los escaños de esa Cámara. Se ha dicho que Maura era oscuro, laberíntico, escribiendo, y claro, límpido, hablando. Debo decir que ese es un error; un poco más de preciosismo ponía en la escritura; pero su oratoria era pareja de su prosa escrita. Ningún orador me ha costado a mí tanto de extractar como Maura; reducir a una columna de periódico un discurso suyo de una hora, era para mi tarea ardua, terrible. El estilo de Maura, hablado o escrito, no era como el de Cánovas, oscuro también, irregular, disforme. Cuando se lee una nota de Maura—una de sus célebres y sacudidas notas—se ve que lo complicado de la

frase no depende del capricho, sino que obedece a una estudiada, sabia, elegante simetría. Podrá ser Maura difícil de entender; pero su estilo es compuesto y ordenado, simétrico, como un pintoresco mosaico. Y entre las dos maneras de Maura, la grandilocuente y la familiar—en punto a oratoria—el autor de estas líneas casi prefería la última. Los discursos de medio tono, íntimos, suaves, eran verdaderas maravillas en Maura. En la Academia, sin darles importancia, con desdén elegante, sabía pronunciar algunos de esos admirables discursos. El gesto, el ademán, las sabias, refinadas inflexiones de la voz, las silenciosas, eran gran parte de su oratoria. ¿Cómo podrá ser todo eso reconstituido? He citado al principio los nombres de grandes políticos. ¿Cómo nos podemos formar idea de un don Joaquín María López, de un Martínez de la Rosa, de un Olózaga, de un Martí, de un Castelar, de un Ríos Rosas? El tiempo se ha llevado la mitad de su obra.

Y ahora tendría que decir algo de la personalidad política de Maura. Fué Maura un apa-

sionado del estudio del derecho. Ahí está la clave de su actuación como gobernante. Tuvo el culto fervoroso del derecho. Derecho es el Parlamento. Derecho es la Constitución. Derecho son las leyes. En los días actuales—y pongo el pensamiento en toda Europa—ese culto al derecho es digno del más sólido aplauso. En días más serenos se podía encontrar en esa pasión por la forma jurídica la más grave objeción a la personalidad de Maura. La forma jurídica, la fórmula del derecho, no siempre encierra la justicia. La justicia es aérea, sutil, cambiante, de una sensibilidad maravillosa. Y tal vez cuando defendemos la fórmula jurídica y la aplicamos, defendemos y aplicamos un derecho que acaso ha dejado de ser ya la justicia.

Un recuerdo, henchido de emoción, para la memoria de Maura. Murió en una mañana clara y límpida de invierno, en el austero y noble paisaje del Guadarrama, sin saber, un minuto antes, que iba a morir.

AZORÍN

Madrid, enero de 1926.

Las ventanas

A ALBERTO MASFERRER,
Homenaje cordial.

ALGUNOS prefieren su casa de frente al Sur, a fin de gozar del sol en los días claros de invierno; otros prefieren que sus ventanas se abran sobre el Oriente y el mar: son las gentes laboriosas y los niños, que aguardan con impaciencia la mañana para recomenzar su tarea o sus juegos. No faltan los contemplativos y los enfermos, que se pasan el día tras las corridas persianas, y sólo abren su balcón al atardecer, para seguir de codos la inmersión del día, que se ahoga, lívido, bajo el flujo de la noche.

Yo ambiciono edificar una casa baja, de paredes de piedra que se amarren bien al suelo y resistan como coraza invulnerable las dentelladas del frío y del tiempo. Pero esta casa pequeña ha de apoyar una de sus esquinas, no importa cual, en una torrecilla cuadrada, capaz de contener una sola habitación, una especie de celda para la meditación y el estudio.

Desde allí podré abarcar todos los espacios del horizonte, por cualquiera de las cuatro ventanas que se abran sobre los techos de las viviendas de la aldea. Desde allí veré el mar y su lejanía tentadora;

también abarcaré mejor las sierras en lontananza, que circundan, como los bordes de una cuna a los recién nacidos, las vidas de los campesinos que nacen, trabajan y mueren dentro de sus bordes. Desde allí veré a mis hijos, que juegan con su madre, cantando en ronda una canción extraña a la lengua de mi raza.

Por turno aparecerán en mis ventanas las mariposas—pétalos animados por una alma inquieta y fugaz—y los copos de nieve que el tiempo hila con pausado movimiento. El alba me sorprenderá a veces en una tarea febril, y la paz sedante de las Oraciones penetrará otras veces como un incienso invisible que llega de otro mundo.

Mis días pasarán en esa torre, porque esa torre es mi vida misma. Yo la hubiese querido talvez alta y enhiesta, explorando horizontes a que sólo alcanzan los cóndores; o acaso la prefiriera en ocasiones como un torreón de fortaleza, en un rincón agreste a donde no llegaran a interesarme los negocios del mundo. Pero mi destino lo ha hecho así: pequeña, apenas empinada sobre el suelo aldeano, aunque con amplia vista hacia todos los puntos del paisaje.

Alguien dirá que una sola ventana, hacia una sola cara del horizonte, fuera lo mejor. Que enfrentara la mañana y sus promesas deslumbrantes; que fuera el soñar y la poesía. O que, de frente al Sur, recibiera los primeros rayos primaverales que hacen desentumirse al labrador y despiertan sus músculos descansados para la labor venidera. O que abierta al fresco soplo del Norte, mantenga despierta la mente que se encuentra como un haz de luz sobre un reducido espacio del mundo de los conocimientos. O, en fin, que espiando hacia la noche o lo Desconocido dejase, a tientas, aventurarse el espíritu en el Misterio del Más Allá...

Pero no ha ocurrido así. Esta pequeña torre de mi vivir abre sus ventanas sobre la calle, sobre el tráfigo humano, sus ruidos banales, sus miserias y alegrías estruendosas. Curioseosa al mismo tiempo sobre el jardín solitario, donde a la hora crepuscular los soñadores recitan a media voz sus oraciones de la vida ideal. Por uno de sus postigos abiertos sobre el horizonte marino, el habitante de esta celda se echa en ocasiones a vagar por los países desconocidos, en los cuales se refugian cada día disminuidas por nuevas exploraciones, la ilusión y el ansia de algo inesperado.

Por eso a diferentes horas mi vida intenta serlo todo, el obrero y el escritor; el curioso de los fenómenos naturales, y el

explorador de la selva, oscura de la intuición. Le atrae la tierra con la virtud hereditaria de generaciones de labradores, y se entrega sin placer a la vida errabunda. Y pudiendo talvez haber sido el dueño de su estilo, o el administrador próspero de un bien surtido almacén de conocimientos, o el *colega* distinguido de cualquier gremio profesional; como la coqueta que gastó a la ventana los días de la esperanza juvenil,

se sorprende hoy con un puñado de recortes de diario por toda fortuna en sus arcas.

New York 1920.

ERNESTO MONTENEGRO

Noticia.—De Ernesto Montenegro se nos ha dicho esto:

«Montenegro es periodista y escritor de muchos quilates; sobre todo, por su sentido crítico. Es chileno, y vive en Nueva York, como representante de *El Mercurio*».

También se nos ha dicho en otra parte:

«Envío cinco recortes varios, y un artículo de Ernesto Montenegro. Le recomiendo a este amigo, hombre muy inteligente, estudioso, de ideales y de voluntad. Su casa es en Nueva York, Broadway, 280. Es nuestro defensor en aquella tierra, en las grandes ocasiones, para lo cual le sirve su perfecto dominio del inglés. El sentido crítico, ponderado y sutil de Montenegro, ha dado a las letras chilenas, páginas muy interesantes».

El poema de las marimbas

(Oyendo a los hermanos de las manos dichosas,
los hermanos Alemán de Diriamba).

A la nobilísima Señora Dña. SARA PRIETO
DE RODRÍGUEZ, *anima gentile*.

Que siga la marimba, que sigan los hermanos
tocando, sí, tocando, ¡manos para tocar!
Es la voz apagada del remo entre las manos,
mientras canta sus misas gregorianas, el mar.
¡Oídos para oír! se resume la vida,
en los cuatro evangelios de la mano que toca.
El ojo, de sus fiestas venecianas, se olvida
y cierra su teatro de máscaras, la boca.
¡Oigamos, alma mía! que todos los doctores
se callen, pues ahora, es el tiempo de oír.
El oído, de fiesta, celebra sus amores,
se ha bañado con baño delicioso d'emir.
—Así, en las placenteras Mil Noches, perfumado
el esposo que viene saliendo del hanmán:
Cantar de los cantares, l'amada y el amado
solos, en sus amores, ocupados están.
Las voces de la cuna: *Dormite niñito...*
—como en el evangelio, de las misas cantadas,
cumpliendo con solemne maravilloso rito,
se elevan del incienso las nubes perfumadas,
y se encienden las luces y graves, recogidos,
de pie, por la divina voz de Nuestro Señor;
así cuando la madre, al niño, con dormidos
cánticos mece. ¡De babor a estribor,
en el barco de velas blancas que yo prefiero!...
¡y también la marimba es eco de esta voz!...
Voz de Santa Teresa «muero porque no muero»
me baña d'alegría, con sus palabras, Dios.
De profundis clamavi, la voz benedictina
del ataúd ¡con algo por dentro! *din doón...*
el paso de un caballo que al galope camina,
oyes en la marimba. Viene como ladrón,
a caballo, el enjuto, celoso caballero.
La muerte y la marimba son gemelas hermanas.
¡El ataúd se clava! remeda el carpintero
clavándolo, las voces profundas y lejanas
de marimbas oídas ¡quisiera saber dónde!
—en aquel abismado silencio d'Elsenor...
—Hace Hamlet preguntas y el bufón no responde,
—perfectamente mudo, Yorick el hablador.
Oyes, en la marimba, son golpes a tu puerta...
¡Tal vez aquella Mano que fue crucificada
insistía tocando, tu pobre vida, muerta
detrás de las tinieblas de tu puerta cerrada,
cómo habría vivido! ¡Una pésima idea,
los golpes a tu puerta de noche, *tan taán*,
eran de aquella mano con uñas, la más fea,
entre todas, la mano maldita de Satán!
Oyes, en la marimba, qué ronco violoncelo,
que violín mas agudo del viento, en las rendijas,

quién sabe de que bestias nocturnas copia el cielo,
con el *rí*, con el *ru* de las ideas fijas.

Y los buhos jurados enemigos del día
y grillo que me aburre con su mismo compás
y la desesperada, monótona jauría
de las almas en pena y el diabólico *guas*

saben con qué guitarras sordas, con qué tambores
se tocan estos ruidos de la noche madrastra,
cuandoninguna estrella despide sus fulgores
y el tiempo es una oruga que pesado se arrastra.

Cornetín embrujado, grillo de sahatinas
y lunáticas noches, tus baladas oí,
al través de una fuga de notículas finas,
en estas milagrosas marimbas, *ii i*.

Voces de la carreta: ¡Pésimos los caminos,
y este sol y este polvo sucio! co-lon-con-trón...
No hay gobierno que valga, con pésimos caminos
y este sol y este polvo sucio, co-lon-con-trón...

Oyes, en la marimba, notas alborozadas
de pájaros cantando *Kirie, Kirie eleisión*:
vuela, sobre el armonio, con sus manos aladas,
la Madre Micaela monja de l'Asunción.

La voz del aserrío: ved mi polvillo de oro,
soy madera desnuda, *ra-ra-ra-flam-flam-flam*,
con olorosos trajes nuevos, soy el tesoro
de los superactivos hijos del Tío Sam.

El Caruso y la Melba, saben de voz humana,
también estas marimbas y del dulce *la-li*
de l'eglógica flauta, la voz de la mañana
buena como las letras de la palabra sí.

Oyes, en la marimba, voces Francisjammescas,
parece que las diera nuestro Carlos Guerin,
silenciosas, rosadas, olorosas y frescas,
como con la garlopa, los carpinteros: *olan—*

chih-frah-chih-chih-frah-olan... la nostalgia del piano,
con sordina, en voz baja, silenciosa, futura,
sin aquellas blasfemias del bullicio profano,
que forman las palabras de la literatura.

Y dijo la marimba: plenamente dichosa
soy, por la buena gracia, de quien todo lo espero.
La palabra de Marcos fué mi divina rosa:
«Jesús a Quien llamaban Hijo del carpintero
y Carpintero El también» ya ves que la madera,
tuvo, entre las criaturas, la mejor bendición.
Y por eso, las voces d'adentro y las d'afuera
juegan sobre las ramas en flor, de mi canción.

A. H. PALLAIS, Pbro.

León de Nicaragua, 1926.

El amigo campesino

ME sentía cansado:—en uno de esos estados anímicos que exigen la soledad para olvidar las inquietudes del espíritu;—me anunciaron que Felipe Vásquez deseaba verme;—no era posible una negativa y salí para recibir una admirable lección que no he de olvidar. El simpático viejo campesino, «curtido» por los años y los trabajos, con sus enormes alforjas de cuero sobre el hombro, me saludó con el mayor cariño;—como le notara muy alegre y locuaz, preferí dejarlo hablar;—así que se hubo acomodado en la silla, me dijo:

—Vengo de Conventillos; cuando estaba en la montaña lo recordé y entonces «apié estos yases», que son un regalo como «pa un compadre»; póngalos en la cabecera y cómalos a mi salud. Yo lo quiero mucho, porque le debo muchos «bienes» y porque es Ud el único amigo que me quedó después de mi ruina. Las cosas y las vueltas de la vida, don «Rafel»: mi hacienda fué de todos y «pa mí» era un gusto servir de algo; de tiempo en tiempo ponía mis parranditas, y allí no faltaba «el frito, el posol, y el traguito de guaro»; todo el barrio me visitaba, pero cuando los bienes se acabaron ya ni me saludan en la calle; eso no importa, porque todos, pobres y ricos, tenemos que llegar «a la dormida».

Me interesó aquel espontáneo relato del buen amigo, y le dije:

—Bien, Felipe, ¿desearía Ud. volver a ser rico?

—Desde que me quedé en la calle, la fortuna no volvió a entrar en mi casa; «el tuerce» se llevó a mi mujer y ahora «ando solo coma las mulas del diunto don Usebio»; así lo ha querido Dios y él sabrá por qué lo hace. Yo no dejo de trabajar, pero sí le puedo decir, que la plata no me hace falta y que ahora que soy pobre me siento más feliz y más alegre; como que la pobreza tranquiliza mucho y así cuanto menos plata tengo, más alegre estoy. Antes, usted lo sabe, «don Rafel», yo «manijaba grandes pionadas pa mis rastros», ahora soy peón y no quiero ser ni mandador. Cuando amanece el día estoy en la montaña y allí es más bonito que en la ciudad, porque los pájaros «hacen» una música más bonita que la banda: eso sí, cuando el sol «está por las doce» este pobre cuerpo viejo empieza a «apendejarse» y entonces sacando fuerzas de flaqueza, digo: «Cuerpo viejo, cuidao con aflojar la pala, y vos, pala, ayudame a salir elante»; así llega la tarde, «pal» descansando y así va pasando el tiempo; porque debe saber Ud. que para los

«campiranos» el trabajo y el tiempo, son como los perros, los mejores amigos; trabajando siempre de lunes a sábado, «tuiticas las penas y las vainas de la vida» se olvidan y así el tiempo corre mucho; y éste es el que todo lo compone; porque el tiempo alivia las penas, el tiempo le da vueltas a la rueda de la fortuna y el tiempo nos lleva al camposanto.

Comprendí que el reportaje resultaba más interesante que el de cualquier personaje político y quise entonces sacarle todo el jugo—le pregunté:

—¿Cuántos años tiene, Felipe?

—Como noventa llevo encima.

—Pero entonces, ¿cuántos años tiene su papá?

—Pues por ai ochenta; pero debe saber, «don Rafel», que yo soy más viejo «qué», por la experiencia y los golpes. Yo tengo más de sesenta y crea que las piernas se aflojan cuando «van pa la montaña», pero de veras el espíritu vence al cuerpo y yo siento que mi corazón es todavía joven; mi espíritu está siempre alegre, sin que me asusten «las vainas de la vida»; «pa eso es uno hombre, y pa eso dice mi tata: a mal tiempo, buena cara»; así voy pasando hasta que Dios quiera... El viejo sonreía satisfecho y sus ojos chispeaban de alegría; no tenía más que decirme y al despedirse, agregó: —Yo le debo mucho a Ud. porque ha sido bueno conmigo y quiero «pagale», aunque no tenga reales; usted «trajinea» mucho y va como una lanzadera «de allá para acá»; búsquese por ai unas tierras «bandidas», (son tierras baldías) y yo se las cultivo, sin que me pague, porque tengo todavía fuerzas para hacerle una gran finca; pero eso sí, «abrevese pa que Tata Dios me dé tiempo».

Me conmovió aquel admirable viejo, tan sabio, tan bueno y tan enérgico; lo despedí estrechándole cordialmente la mano. Después pensé que éste es uno de los tipos corrientes del campesino costarricense. Nuestros simpáticos conchos son sufridos, laboriosos y fuertes, y saben soportar con estoica resignación las más duras adversidades del destino; trabajadores infatigables que tienen una resistencia increíble para sufrir los rigores de todos los climas, luchando todos los días del año, mal alimentados y mal vestidos; estoy seguro que no le aventaja ni el pueblo americano, por más que ésto parezca una audacia.

Lo que le falta a nuestro pueblo es educación y cultura; terreno espléndido es éste para sembrar y esperar

una buena cosecha; cultivando intensamente a los costarricenses, nuestro pueblo, puede llegar a ser un gran pueblo. Es necesario multiplicar las escuelas y preparar buenos maestros; por eso es digna de todo elogio la noble tarea iniciada en el Gobierno del señor Acosta, por el distinguido Profesor don Miguel Obregón y continuada en esta administración, que ordena la construcción de escuelas, escuelas elegantes y cómodas en los más apartados caseríos; es necesario que el pueblo sepa leer y escribir, que el pueblo se eduque y este es el mejor medio de hacer Patria. Nuestros legisladores, tal vez son un tanto indiferentes con este gran problema de la enseñanza nacional y muchas veces algunos de ellos, los que pueden considerarse como pichones de hombres de Estado, niegan su apoyo a los proyectos que sólo quieren el engrandecimiento de la escuela, que es donde está el porvenir de la república. Las frases galanas y sensatas de mi viejo amigo el campesino están indicando que el terreno está preparado y sólo falta esparcir la buena semilla.

UN OBSERVADOR

Cartago,
marzo, 1926.

Tablero

=1926=

Tarjeta

Sr. García Monge.

c/o REPERTORIO AMERICANO.

San José. Rep. de Costa Rica.

Mi querido señor García Monge:

¿Podría Ud. anunciar esto en REPERTORIO?

23 de Mayo

Un pequeño libro de Haya de la Torre está en prensa en Buenos Aires.

Es un relato de los hechos realizados por la juventud peruana para defender la libertad de su país contra la tiranía imperante.

Puede pedirse anticipadamente a esta dirección:

Señor HERRERA—cargo Gabriel del MAZO.—SARMIENTO 1757. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

La tortuga

Hay en el Mayab¹ la pequeña tortuga que anda por la tierra y nada por el agua.

A veces, el leñador siente que algo se mueve bajo sus pies, y mira, y ve la tortuga que huye prudentemente. No hace ruido y va a todas partes. Lo mismo sale de entre las piedras ardientes por el sol, que de la arcilla húmeda, y pasa por debajo de los montones de hojas secas, y, cuando encuentra una pared, hace un agujero, atraviesa y sigue.

Se incendia el monte para sembrar el maíz, y todo se quema, y los animales de la tierra mueren, lo mismo el venado, que se enreda los cuernos en las ramas, que el conejo que se esconde en su madriguera. Pero la tortuga nó, porque se queda quieta y mete cabeza y pies en su carapacho, y así no sufre sino un poco de calor:

Ni el aire, ni el agua, ni la tierra ni el fuego la dañan, porque es humilde y prudente. Así es la pequeña tortuga brillante del Mayab, señal de la constancia y la pureza.

Tiene cuatro patas con uñas blancas y finas. Con ellas se agarra del suelo para caminar y con ellas nada para cruzar las lagunas. Va de un lugar a otro lugar, y lleva muy lejos mensajes silenciosos.

Cuando algo malo va a pasar en la tierra, la tortuga entra en el agua baja de los pozos, y queda allí muchos días, hasta que lo que tiene que suceder arriba ha sucedido. Sale entonces lavada y bonita y se pasea bajo el sol, resplandeciendo y levantando la cabeza roja, con sus dos ojillos redondos, apacibles y brillantes.

Como los antiguos hombres buenos, la tortuga, errante y callada, vive cien años y más de cien.

Toda su vida y después de muerta enseña cosas dulces y elevadas.

Quien la mata de intento, hace gran daño y comete delito ante el espíritu de arriba. Cuando ella muere de sí misma, está bien fabricar adornos de su preciosa concha vacía y poner en ella una cuerda tensa, para hacer música santa.

En los grandes tiempos del Mayab la tortuga fué esculpida en las cornisas y en las puertas de los Templos.

Era como una palabra de los dioses que los hombres sabían entender.

ANTONIO MEDIZ BOLIO

(La Tierra del Faisán y del Venado).

1.—La Península de Yucatán.

El sauce y el arroyo

(Nocturno)

Tan dulce cantaba el sauce
que, oyendo la melodía,
el arroyo se dormía
serenamente en su cauce;

y así en las noches más bellas,
aquel diáfano arroyuelo
copiaba tan bien el cielo
que el sauce pescaba estrellas.

LUIS BORRARO

Rep. Argentina

Mies

¡Qué crecida está la mies
entre la noche morena!
¡Tan crecida!... ¡Tan azul!...
¡Casi no toca a la tierra!

El que la fuera a segar
en vez de coger espigas
podría cortar estrellas...
Las traería al pajar.
Por las rendijas abiertas
la luna haría brillar
el collar de las luciérnagas.

Se acostaría un pastor
en las estrellitas frescas.
El sueño que allí soñara
sería como de niebla.
Los ojos le dejaría
llenos de un alma doncella,
profundos, claros, azules
como los ojos del mar,
en la madrugada tierna...

JAIME TORRES BODET

México.

Faraday limpia vasijas en el laboratorio de Davy

Ignoramos si podrá comprenderse bien todo el corrosivo tragicismo de la anécdota — tan insignificante, tan lógica según el común pensar de las gentes — que abrió el horizonte científico de Faraday. Era Faraday hijo de familia pobre. Su vocación se hizo sentir con precocidad extraordinaria. Y con la vocación se dejaba sentir también, cruelmente, la carencia de recursos para alimentarla. Faraday se encontraba a sí mismo generoso y noble. «Me imagino, escribía a un amigo, que la ciencia debe hacer generosos y nobles a cuantos la cultivan». Y, entonces, ¿quién pasaba en Inglaterra por más hombre de colmado de honores, solicitado por la aristocracia, enaltecido por los centros científicos del mundo entero, hombre de laboratorio y hombre de salón a la vez?

No había duda. Davy sería la salvación de Faraday, como años antes, en análogas circunstancias, D'Alembert lo había sido del joven Laplace. Como Laplace a D'Alembert sin conocerle, el joven Faraday escribiría una carta—¡qué elocuente, qué persuasiva sería esa carta!— al omnipotente Davy, solicitándole un puesto en el laboratorio de la Institución Real. Si la ciencia hace generosos y nobles a cuantos la cultivan, debía pensar Faraday con suavidad evangélica, ¿quién más noble ni generoso que Davy?...

Pues bien: Davy leyó desdeñosamente la carta de Faraday. Cuando un ayudante fué luego a anunciarle que el joven de la carta esperaba contestación, Davy tuvo una pausa y después murmuró:

—Bien, que se le ponga a limpiar las vasijas del laboratorio. Despues veremos...

Así fué como el descubridor de las leyes de la inducción electromagnética entró, para no salir más, para suceder al físico Davy, en la Institución Real de Ciencias. Davy—ya era muy tarde—comprendió pronto, es verdad, la talla del que envió primero a limpiar vasijas, tarea que Faraday desempeñó, sin duda, con el encendido gusto de perfección que los sabios ponen en todas sus cosas.

—Sin embargo, cuenta Juan Bautista Dumas, cuando Faraday hablaba de Davy, ponía siempre en sus palabras un dejo de conmovida admiración.

¡Qué noble, qué generoso era Faraday!

BENJAMÍN TABORGA

Rep. Argentina.

Androclo y el león

Un día, había llevado al pueblo romano al circo el espectáculo de una cacería en que habían de combatir considerable número de animales. Encontrándose en Roma a la sazón, quise presenciara, y vi soltar en la arena gran número de animales salvajes de fuerza y dimensiones prodigiosas y extraordinaria ferocidad. Admirábase especialmente una manada de leones enormes, entre los que descollaba uno, cuya monstruosa corpulencia, rápidos saltos, terribles rugidos, abultada musculatura y flotantes melenas, asombraban a los espectadores y atraían todas las miradas. Introdújose a los desgraciados que habían de pelear con las fieras, encontrándose entre ellos, un esclavo llamado Androclo, que había estado al servicio del procónsul. En cuanto el león vió a aquel hombre, paróse, como asombrado por su presencia, dirigióse en seguida dulcemente a él, y se le acercó poco a poco, mirándole como si le conociese. Llegado junto a él, se frota con su cuerpo, agitando la cola con aspecto sumiso y cariñoso, como perro que acaricia a su amo, y lame los pies y las manos del desgraciado, a quien el terror había privado de sentimiento. Pero viéndose Androclo acariciado por el terrible animal, cobra ánimos, abre los ojos, y se atreve, al fin, a mirar al león. Entonces, como si los dos se reconocieran, fue de ver al hombre y al león mostrarse recíprocamente profundo regocijo. Ante tan extraño y conmovedor espectáculo, todo el público rompió en aplausos; y habiendo mandado el César que le llevasen en seguida a Androclo, le preguntó en qué consistía que aquella fiera le había perdonado a él solo. El esclavo refirió entonces la aventura más

extraña y maravillosa. Era yo, dijo, esclavo del procónsul que gobernaba la provincia de Africa; los golpes y malos tratamientos que me prodigaba diariamente, sin razón alguna, me obligaron a huir, y para escapar más fácilmente a las persecuciones de mi amo, a quien obedecía toda la comarca, busqué refugio inaccesible entre las arenas y los desiertos, decidido a darme la muerte de cualquier manera si llegaba a carecer de alimento. Caminaba bajo los abrasadores rayos del sol de Mediodía, cuando encontré en mi camino una caverna aislada y profunda, en la que entré y me oculté. Apenas había entrado, cuando vi un león que tomaba el mismo camino. El animal tenía una pata ensangrentada y andaba con dificultad, quejándose y gimiendo como si padeciese violentos dolores. Aterróme al pronto su presencia; pero en cuanto entró el león en la caverna, que, como vi en el acto, era su ordinaria guarida, y me vió ocultándome en el fondo, acercóse con aspecto dulce y sumiso, levantó la pata, presentándomela, y parecía que me demandaba socorro. Cogíla con la mano, le arranqué una espina muy gruesa que se había clavado, apreté para que saliese la carne corrompida, y cada vez más tranquilo, atendiendo cuidadosamente a la operación, conseguí purificar y secar por completo la herida. Entonces el león, al que había aliviado y librado de sus sufrimientos, se acostó y se durmió, dejándome la pata entre las manos. Desde aquel día vivimos juntos, habitando durante tres años la misma caverna y compartiendo los mismos alimentos. Cuando regresaba de sus cacerías, traíame los mejores trozos de las presas que había cogido, y como carecía de fuego, los asaba yo al sol a la hora de mediodía. Sin embargo, habiéndome cansado de aquel género de vida, un día, mientras el león estaba cazando, me alejé de la caverna. Después de tres días de marcha, encontré un grupo de soldados, que se apoderaron de mí; traído a Roma, comparecí ante mi amo, que en el acto dictó mi sentencia de muerte, condenándome a ser entregado a las fieras. Veo que el león fué cogido también después de nuestra separación, y ahora, alegre al encontrar a su bienhechor, me muestra su agradecimiento». Tal fué, el relato de Androclo. En seguida se escribió su aventura en una tablilla, que se hizo circular entre los espectadores, concediéndose perdón al esclavo, a petición de todos, y además quiso el pueblo que se le regalase el león. Más adelante le vi, teniendo atado al león con una indeleble correa, paseando por todas las calles de la ciudad; dábanle dinero, arrojaban flores al león, y por todas partes exclamaban: «Ved al león que dió hospitalidad a un hombre; ved al hombre que curó al león».

Contado por
AULO GELIO

(Noches Aticas.)



En el campo como en la
ciudad—

LA VICTROLA



llena su casa de alegría y sirve a la educación musical
de la familia

PIZA e HIJOS

Distribuidores VICTOR para Costa Rica

Nosotros

*Revista mensual de Letras, Arte, Historia,
Filosofía y Ciencias Sociales.*

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración:

LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

Mercurio Peruano

*Revista mensual de Ciencias
Sociales y Letras*

Director: VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

Número suelto. Un SOL

Lima, Perú.

Valoraciones

*Revista de humanidades, crítica
y polémica*

Organo del Grupo de Estudiantes «Renovación»

Calle 60 Nº 682

La Plata, Rep. Argentina

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

Se trasladó frente al Pasaje Jiménez
local que ocupó «La Parra»

Ofrece a sus clientes y al público
en general un surtido de casimires
en gabardinas.

Cuenta con buenos operarios
para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Bibliografía titular

LOS LIBROS RECIBIDOS EN LA SEMANA

Mitos y Leyendas

ANTONIO MEDIZ BOLIO.—*La tierra del Faisán y del Venado*.—Prólogo de Alfonso Reyes. Ornamentación de Cesáreo F. Díaz. Buenos Aires, 1922; pp. 248. (Donación del autor).

Contenido de esta notable obra:

Antes de los Siete Libros.—Se dice del Indio del Mayab.

Libro Primero.—Este es el Libro de Itzmal y de lo más antiguo.

Libro Segundo.—Este es el Libro de Chichén Itzá y de la Princesa Sac-Niclé.

Libro Tercero.—Este es el Libro de Zacquí y del Príncipe Nazul.

Libro Cuarto.—Este es el Libro de Uxmal y del Rey Enano.

Libro Quinto.—Este es el Libro de las Siete Danzas.

Libro Sexto.—Este es el Libro del Caminante y la Xtabay.

Libro Séptimo.—Este es el Libro de Maní, que quiere decir que todo pasó.

Después de los Siete Libros.—Se canta el vuelo del Faisán y el salto del Venado.

Poesía

ANDRÉS AVELINO.—*Cantos a mi muerte vivo*. Santo Domingo, República Dominicana, 1926; pp. 32. (Donación del autor).

JOSÉ S. TALLON.—*La garganta del sapo*. Poemas. Prólogo de Roberto Gugurí. Buenos Aires, 1925; pp. 128. (Donación de Lázaro Liachovitzky).

MAYORINO FERRARÍ.—*El momento musical*. (Poemas). Prólogo de Enrique Diez Canedo. Comentario de Enrique González Martínez. Madrid, 1926; pp. 128. (Donación del autor).

JOSÉ CARRERA ANDRADE.—*La Guirnalda del silencio*. Quito, 1926; pp. 94. (Donación de la Biblioteca Nacional de Quito).

LUIS VIDALS.—*Suenan timbres*. Bogotá, 1926; pp. 128. (Donación del autor).

Teatro

ALFONSO REYES.—*Ifigenia cruel*. Poema dramático, con un comentario en prosa. Biblioteca CALLEJA. Madrid, 1924; pp. 94. (Donación del autor).

AMBROSIO MORANTE.—(1821) *Defensa y triunfo de Tucuman*. Pieza militar en dos actos. Sección de documentos. Tomo IV. N.º 3. Buenos Aires, 1926; pp. 128. (Donación del Instituto de Literatura Argentina).

Ensayos y Conferencias

CÉSAR A. NAVEDA.—*La República del Ecuador. El movimiento intelectual iberoamericano*. Madrid, 1926; pp. 72. (Donación del autor).

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

EN EL HOGAR

Una UNDERWOOD PORTATIL



FUERTE, LIVIANA Y BIEN PRESENTADA

- es leal compañera del *Jefe de familia*
- facilita el trabajo del *estudiante*
- ayuda eficazmente a la *señora de la casa*
- hace correspondencia distinguida y clara
- y puede dejar copias con papel carbón.

Pesa, con su estuche, 4 kilos

Pida informes sobre las "SERIES UNDERWOOD"

Le conviene!

Le interesa!

J. P. ARANGO & Co., Agentes

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

se refiere a una em-singular en Costa experiencia la colo-ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo. Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Próximo CONVIVIO: La tercera serie de las *Páginas Escogidas* de Renán, en la fina versión de Cornelio Hispano.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica